

1

POGROMO

CIUDAD REAL, 6 DE OCTUBRE DE 1474 (6 TISHREI 5234, *SABBAT*)

Las últimas luces del día se esforzaban por permanecer en el horizonte, pero el viernes judío se agotaba por instantes y dejaba paso al *sabbat*, el día para santificar al Señor. Las mujeres que aquella tarde se encontraban en la casa de Sancho de Ciudad encendieron las velas y las luces de los candiles antes de la puesta de sol. El sábado, la mecha de las lámparas se preparaba de forma especial para que durase más de lo habitual. Las *mitzvot* prohibían encender luces y hacer fuego durante todo el día; por eso, durante los últimos instantes del viernes, prepararon una buena lumbre con la que mantener caliente la comida y unas luminarias duraderas con las que alumbrarse durante la cena y parte de la noche. Las mujeres habían aprendido de Mara, la cerera, que, echando una pizca de sal al aceite de los candiles, se conseguía mantener encendida su llama durante más tiempo.

Desde niña, Teresa de Ciudad había oído decir que, cuando se encendían las velas de *sabbat*, la mujer revelaba la energía divina presente en su alma, en su hogar y en toda la Creación. Aquella enseñanza la hacía sentirse importante cuando las noches del viernes las mujeres solteras encendían su vela junto a las dos luminarias que les estaba permitido encender a las casadas.

Por la tarde, Teresa ayudaba a la cerera y a su madre, María Díaz, la esposa de Sancho de Ciudad, a preparar la *jalá*, el pan ácimo con el que acompañarían las tres comidas del sábado.

—Creo que ya es hora de que penséis en buscarle un buen esposo a Teresa, porque, a su edad, ya debería encontrarse casada y haber traído algún que otro hijo al mundo —dijo la cerera mientras las tres mujeres heñían la masa de pan en una mesa junto a la lumbre.

—¿Qué hay de la *mitzva* que no permite hablar de negocios en sábado? —protestó la joven antes de que pudiera responder su madre.

—No es bueno que la mujer esté sola, y tú, niña, deberías ser la primera interesada en que tu padre te busque marido.

Las dos mujeres eran amigas desde niñas. A Mara la conocían como «la cerera», el oficio de su primer marido; superaba en fe y devoción a la mayoría de los judíos, aunque que se había convertido a la fe cristiana obligada por las circunstancias. Pese a su conversión, todos la consideraban una auténtica judía: respetaba las *mitzvot* establecidas por la Torá y la tradición y servía de guía espiritual y consuelo a otras conversas.

Desde el comedor de al lado alguien reclamó la presencia de Teresa, y la joven acudió al instante. Salió de la cocina sin decir palabra, pero reprendió con la mirada a las dos mujeres con la certeza de que seguirían hablando de ella en su ausencia.

—No habría sacado el tema si no fuera porque he oído rumores —susurró la cerera en voz baja cuando la joven abandonó la cocina.

—¡Ay, Mara! ¡Que todavía no sé cómo haces para enterarte de lo que sucede en cada casa!

—Ya sabes que las noticias se extienden a la velocidad del viento, y ha llegado hasta mis oídos que Sancho ya está en tratos... Claro, que si no quieres que lo sepa..., no me importará.

María Díaz manipulaba la masa con determinación y energía sin prestar atención a los lastimeros ojos de su amiga, que suplucaban una explicación.

—¡Está bien, pero lo que te diga no debe salir de aquí! —claudicó María Díaz con simulado enojo mientras la cerera detuvo su faena para no perder detalle—. Se trata de Cristóbal, el hijo de Juan González.

—¿El hijo del Pintado? —preguntó, extrañada, en voz alta mientras su amiga la impelía con un gesto a que bajase la voz.

—Ya sabes que nuestras familias se conocen de tiempo atrás y que mi marido y Juan González han hecho negocios juntos en varias ocasiones. Sancho y él están en conversaciones desde hace algunas semanas. Cristóbal es apuesto y agradable. Él y su hermano Martín siempre han vivido fuera con su padre hasta que este abandonó la corte hace un par de años y regresó a la ciudad.

—Pues no cabe duda de que es un buen partido. Y Teresa... ¿qué opina?

—Aparenta estar ajena a todo. Sancho ha intentado sonsacarle su opinión, por la promesa que le hizo, pero es muy retraída, y todavía lo está pensando. Unas veces creo que Cristóbal le agrada, aunque otras veces pienso que le falta algo de entusiasmo.

—No te preocupes, Teresa es dócil. Seguro que comprenderá que la decisión es por su propio bien.

Cuando tuvieron dispuesta la masa, esparcieron harina sobre el tablero de la mesa y la manipularon hasta darle forma alargada. Obtuvieron tres tiras largas que unieron en un extremo, y con habilidad tejieron la trenza hasta el final. Se encontraba lista para cocerla en el horno, y María Díaz echó a la lumbre las colitas que habían sobrado de la masa que habían trenzado. En otras ocasiones habría arrojado un manojo de lana al fuego para evitar que las vecinas husmearan la comida que cocinaba, pero, en aquella ocasión, no le importó que el olor de la hogaza que se cocía en el horno se extendiera por los alrededores.

En la sala contigua, Teresa disponía con otras mujeres la mesa donde habrían de cenar los invitados. Las mujeres colocaban los tableros junto a los poyos de la pared mientras los dos nietos de Sancho de Ciudad estorbaban la tarea y, enfrente, prepararon algunos bancos de madera para permitir el asiento al otro lado. También desplegaron manteles limpios y prepararon candelabros para las velas, que encendieron poco antes de ocultarse el sol.

Mientras tanto, los hombres aguardaban la hora de la cena en el piso superior de la torre que la casa de Sancho de Ciudad tenía adosada al edificio principal. Habían terminado con el precepto semanal de la lectura y estudio de la Torá que los judíos debían realizar antes de la llegada del sábado. Sancho de Ciudad insistió en que su hijo Diego realizara la lectura del Tanaj. Aunque ya no era un niño, era el más joven de los que allí se habían congregado, y quería que aceptara la responsabilidad de mantener la devoción de los presentes con su lectura.

—*Shalom aleijem* —saludó Falcón el viejo cuando se incorporó a la reunión.

El viejo Falcón había degollado aquella mañana una res en su casa para la cena del sábado. No era la primera vez que sacrificaba animales en su corral para proporcionar carne *kosher* a los judíos, que evitaban comprarla en las carnicerías de la plaza, donde no

había garantías de que el animal fuera sacrificado conforme establecían los preceptos. La carne debía encontrarse desangrada por completo. La res degollada se dejaba sangrar durante un buen rato, antes de lavarla de forma exhaustiva y de rociarla con sal para absorber cualquier resto de sangre que pudiera permanecer impregnado.

Con Falcón acudió también su yerno, Diego de Villarreal, socio de Sancho de Ciudad en el negocio del arrendamiento de rentas de alcabalas y tercias reales. La solvencia económica de Sancho de Ciudad era sólida, pero no podía asumir por sí solo la puja de aquellas cuantías tan grandes y, con prudencia, decidió dispersar el riesgo. Formó sociedad con Diego de Villarreal y con su propio hijo Juan de Ciudad, con los que se inició como arrendador de rentas. La fianza de la subasta era cuantiosa, y los arrendadores debían contar con gran liquidez con la que hacer frente a cualquier eventualidad en alguno de los plazos. Solo Diego de Villarreal y su propio hijo Juan de Ciudad se atrevieron a asociarse con él. Su buen amigo Juan González Pintado declinó la oferta porque, según decía, Castilla atravesaba tiempos difíciles y cualquier contratamiento podría dar al traste con la inversión. El mismo rey don Enrique se encontraba por entonces convaleciente de una enfermedad, y su estado de salud solo aportaba incertidumbre al futuro. Se esforzó por hacerles comprender que la Corona no arriesgaba nada, que eran los arrendadores los que debían responder de la recaudación, pero las expectativas del negocio resultaron más prometedoras que sus advertencias. Juan González Pintado era buen conocedor de la corte, ya que, durante años, fue secretario del rey Juan II y después de su hijo don Enrique, el cuarto de su nombre en el trono de Castilla.

Los tres hombres eran regidores y miembros del concejo de la ciudad. A decir verdad, fue Juan González Pintado quien introdujo a Diego de Villarreal y a Sancho de Ciudad en el concejo, con la esperanza de contrarrestar la influencia de la poderosa familia de los Céspedes. Sancho de Ciudad no había tenido aspiraciones políticas hasta entonces: siempre prefirió mantenerse al margen de los enfrentamientos en los que se enzarzaban los bandos municipales, pero creyó que aquella ocasión que le brindaban para formar parte del concejo suponía una buena oportunidad para desarrollar sus negocios. Fue al poco tiempo cuando se convirtió en arrendador de las

rentas reales, y aquello dio una dimensión distinta a su economía, basada hasta entonces en el negocio familiar, dedicado a la fábrica y comercialización de paños, al que había dedicado toda su vida.

Pero estaba a punto de comenzar el *sabbat*, y no era lícito hablar de negocios. Por eso, cuando terminaron la lectura del Tanaj, el Antiguo Testamento judío, los hombres bajaron a la planta inferior para incorporarse a la mesa que habían preparado las mujeres. El momento era festivo, aunque todos guardaban un orden y un silencio solemnes.

Tras el encendido de las velas, todo estaba dispuesto para recibir la visita de los dos ángeles que, según el Talmud, acompañan al judío en su hogar el viernes por la noche. Entonaron el *Shalom aleijem*, el himno que les daba la bienvenida y la plegaria para recibir las bendiciones de paz y felicidad.

Sancho de Ciudad comenzó a entonar el *Eshet Jail*, la hermosa canción compuesta con los últimos versículos de los proverbios del rey Salomón y que Abraham dedicó a su mujer, Sara. Esta canción era un canto para la mujer que se entregaba devotamente a su familia. Teresa se emocionaba cada vez que oía a su padre y a sus hermanos entonarla, y aquella noche no fue distinto. Los maridos miraban con ternura a sus mujeres mientras cantaban y ellas sonreían como si acabaran de enamorarse.

Los cánticos habían apagado el bullicio que se había formado en la calle. Un grupo de personas se había congregado frente a la casa, y desde el interior se las escuchaba hablar y gritar con fuerza.

Sancho recitó el *kidush* sobre una copa de vino. Uno a uno, todos bebieron de ella y tomaron la jarra para realizar el lavado ritual de las manos. Los gritos de la calle se oían cada vez más cerca, y el bullicio se convirtió en algarabía.

—Se oyen ruidos fuera —dijo Teresa, inquieta, mientras hacía intención de levantarse.

Su padre la detuvo con un gesto y continuó con el ritual, que no terminaba hasta que se recitaba la bendición sobre el pan y cada uno de los presentes probaba un pequeño trozo de la *jalá*. Hasta ese momento no estaba permitido hablar.

—¡Abrid la puerta de la casa si no queréis que la tiremos abajo! ¡Malditos marranos! —gritaron desde la calle mientras se oían los insistentes golpes.

Las contraventanas se hallaban cerradas, pero las golpeaban con tanta rudeza que podían ceder en cualquier momento.

—¿Qué está pasando, padre? —gimió Teresa mientras se acercaba a Sancho para buscar su protección.

Los de la casa se pusieron en pie y se miraron extrañados sin saber lo que ocurría. Sancho hizo intención de acercarse hasta la puerta.

—¡Detente! —gritó Juan González Pintado—. Debemos resistir en el interior de la casa y no dejarles entrar.

—¿Por qué? No hemos hecho nada. Sin duda se trata de un malentendido.

Sancho se resistía a creer que tuvieran motivos para atacarlos a él o a su familia, pero viejos recuerdos acudieron a su memoria, y pensó que el Pintado tenía razón, por lo que sería una temeridad ofrecerse a sus enemigos sin resistencia. Los más jóvenes se armaron con lo que encontraron más a mano: palos, cuchillos, un atizador para la lumbre...

—No creo que tengan nada contra nosotros. Debemos abrir para calmarlos. —Parecía que Sancho intentaba convencerse con sus propias palabras.

—Pero antes de abrir la puerta, permite que las mujeres puedan escapar con los niños por la trasera del corral. No debemos ponerlas en peligro. —Juan de Ciudad tomó de la mano a sus dos hijos.

—Está bien; Diego las acompañará por si hay algún contratiempo. Algunas de ellas ya no están ágiles como para saltar la cerca de atrás.

El joven Diego de Ciudad cumplió el encargo de su padre y guio a las mujeres y a los niños hasta el corral. Allí arrimó un carro junto a la cerca trasera y colocó encima algunas gavillas de sarmientos hasta conseguir la altura suficiente desde donde alcanzar con facilidad la parte superior del muro.

Mientras tanto, los de la calle lanzaron antorchas al interior de la casa, sobre el tejado y el patio, que provocaron pequeños incendios que los de dentro se afanaban en apagar.

—¿Qué es lo que queréis? ¡Dejadnos en paz! —gritó Diego de Villarreal.

—¡Abrid, os digo, o lo pagaréis caro! ¡No os quedarán ganas de robar a los cristianos en cuanto os pongamos la mano encima!

Diego de Ciudad y su hermano Juan acudieron para agilizar la huida y ayudar a las mujeres a subir al carro y a trepar por la cerca. Las mayores apenas si podían extender la pierna para trepar a lo alto de la tapia, y los dos hombres las empujaban desde abajo, mientras Teresa y su cuñada se afanaban tirando de ellas desde arriba.

Dentro de la casa, Juan González Pintado y sus dos hijos sujetaban la puerta principal para evitar que cediera con los golpes. Los demás hacían lo que podían con las contraventanas de madera para impedir que los acosaran desde la calle. Sancho subió a una de las cámaras y bajó con dos viejas espadas que conservaba desde hacía algunos años. Aquellas armas le traían tristes recuerdos porque estaban manchadas con sangre, pero creyó que había llegado la ocasión de que volvieran a ver la luz.

La puerta principal estaba a punto de ceder, y las mujeres todavía no habían terminado de saltar la cerca que las alejaba del peligro. Por allí podían escapar a través de un pequeño huerto que lindaba con la casa y que comunicaba con una calle lateral alejada de los alborotadores.

El Pintado y sus hijos sujetaban la puerta con el peso de sus espaldas, hasta que los de fuera pusieron mayor empeño y terminaron forzando la entrada. Los tres fueron empujados en el forcejeo y cayeron al suelo.

Varios hombres armados entraron como exhalaciones y, sin mediar palabra, atizaron un golpe en la cara a Sancho de Ciudad, que no tuvo tiempo de reaccionar, aunque tenía la espada en la mano. El hombre cayó al suelo y comenzó a sangrar por la boca. La misma suerte sufrió Diego de Villarreal, que recibió una fuerte patada en la boca del estómago y cayó doblado al suelo junto a su amigo. Los demás intentaron defenderse, pero fueron igualmente golpeados hasta que los redujeron en pocos minutos, vapuleándolos con dureza y sin contemplaciones.

—¡Vamos, salid todos a la calle! ¡Marranos judíos! —gritaba el cabecilla del grupo.

Los sacaron a empujones y patadas mientras otro grupo de hombres armados y con antorchas esperaban fuera para ajustarles las cuentas.

—¿Qué queréis de nosotros? Somos comerciantes, y algunos son regidores de la ciudad. No hemos hecho daño a nadie ¿Por qué nos atacáis? —se lamentaba el viejo Falcón.

—¡Calla, viejo! Sois los de vuestra calaña los que no dejáis que los cristianos honrados vivan en paz. Sois usureros y ladrones...

—Tú eres Melchor, yo te conozco —decía el anciano—. De pequeño ibas a comprar a mi tienda. ¿Es que no me reconoces?

El hombre miraba de reojo a sus compañeros, y parecía molesto con los comentarios de Falcón. No le gustó que lo pusiera en evidencia delante de sus amigos, aunque aquello ocurriera hacía muchos años.

—¡He dicho que te calles, viejo! —El tal Melchor empujó al viejo Falcón, que lo tenía agarrado del brazo mientras le rogaba compasión.

—¿Por qué nos haces esto? Yo siempre me porté bien contigo y con tus padres. —Falcón se acercó de nuevo al cabecilla y lo volvió a tomar del brazo.

En aquel momento, un hombre corpulento con barba negra muy poblada se acercó al viejo especiero y lo agarró del cuello para separarlo de su amigo.

—¡Malditos judíos! Siempre tan lastimeros. A ver si ahora te quedan ganas de hablar —decía mientras le apretaba el cuello con todas sus fuerzas.

Un grupo de asaltantes subió a la torre de la casa, donde se hicieron con algunos objetos de plata y otras cosas de valor. Desde la ventana, alguien se percató de que las mujeres trataban de huir por la cerca de atrás y dio la voz de alarma. La mayoría de ellas ya habían saltado, y el joven Diego de Ciudad las guiaba a través del huerto para que pudieran escapar de la emboscada. Solamente quedaba María Díaz por sortear el obstáculo; su hijo Juan hacía todo lo posible por que saltara la pared. El asaltante dio el aviso cuando la mujer se hallaba a horcajadas en lo alto del muro.

—¡Corre todo lo rápido que puedas! —gritó Juan mientras desde arriba ayudaba a descolgarse a su madre por el lado opuesto de la cerca—. Yo intentaré detenerlos.

Juan aguardó la llegada del hombre que había dado la voz de alarma para cubrir la huida y cogió una horca de madera para defenderse, pero pensó que, si no lograba contenerlo, su madre ten-

dría pocas posibilidades de escapar. Tomó una de las antorchas que permanecían encendidas en el suelo y prendió las gavillas de sarmientos colocadas sobre el carro para impedir que nadie más pudiera saltar la cerca.

El hombre que descendió a la carrera por las escaleras de la torre lo sorprendió mientras quemaba los sarmientos; se fue hasta él y le propinó un golpe en el brazo que lo derribó. Juan se encontraba vencido y a merced de su rival, pero, antes de que se le aproximara de nuevo, tomó la horca de madera y se la arrojó por el astil, con tan buen tino que su lanzamiento certero le golpeó la cabeza y el hombre cayó al suelo, abatido.

Mientras tanto, en la calle, el hombre corpulento atenazaba el cuello del especiero, quien estaba a punto de desfallecer. Lo soltó a tiempo para que pudiera respirar, pero, conforme aflojaba, le lanzó el puño contra la cara con brutalidad. El anciano cayó al suelo casi sin aliento.

—¡Maldito canalla! —gritó Cristóbal, deshaciéndose de quien lo tenía sujeto del brazo mientras se abalanzaba contra aquel matón para darle un escarmiento, pero, antes de que lo alcanzase, el hombre sacó un puñal de entre sus ropas y lo clavó hasta la empuñadura en el abdomen del muchacho.

En el silencio de la noche se oyó el grito desgarrador de Juan González Pintado cuando su hijo mayor se desplomó sin vida, abatido de forma innecesaria y cruel.

2

UNA REUNIÓN CLANDESTINA

Aquella misma noche, no muy lejos de la casa de Sancho de Ciudad, una sombra se movía con ligereza por las calles de Barriónuevo. Tristán Fonseca, a quien apodaban «el Largo», llegaba tarde a la cita a la que los había emplazado Sancho Díaz, el tintorero. El hombre caminaba encogido por el inesperado frío de aquellos días de octubre, lo que acentuaba más su ya de por sí desgarrada figura, envuelta en un recio gabán. Recorría con rapidez la calle Real de Barrionuevo hacia la calle del Lobo. En la oscuridad de la noche llegó hasta la casa que habían utilizado las últimas semanas para planear y organizar el asesinato para el que los había contratado el tintorero. No era la primera vez que Tristán Fonseca mataba a un hombre en alguna rencilla o por encargo, aguardando, traicionero, a su víctima en algún callejón oscuro. Pero en aquella ocasión era distinto: el asesinato debía realizarse a plena luz del día, y había sido planeado hasta el último detalle para no dejar nada a la improvisación, porque el objetivo solo resultaría vulnerable durante escasos minutos a su llegada a la ciudad, que se produciría en los próximos días. La envergadura del encargo y el dinero que alguien estaba dispuesto a pagar hacían sospechar que la víctima era persona principal, aunque, por seguridad, el tintorero nunca les reveló su identidad, y ahora se alegraba de ello.

Sin embargo, se había producido un cambio de planes. Aquella mañana, Sancho Díaz, el tintorero, se había acercado hasta la taberna donde el Largo acostumbraba a enjuagarse el gaznate, se sentó junto a él y lo invitó a un vaso de vino. Sabía que la noticia de la cancelación del trabajo no le haría ninguna gracia a aquel larguirucho pendenciero. Por suerte, todavía estaba sobrio, y aceptó reunirse al anochecer para hablar del asunto sin provocar más escándalo.

Cuando Tristán Fonseca llegó a la casa de la calle del Lobo, miró a uno y otro lado para asegurarse de que nadie lo observaba y golpeó suavemente la puerta con el llamador, sin brusquedad,

para que no resonara en el silencio de la noche. La puerta se entreabrió y le franquearon el paso. Ya se encontraban dentro el tintorero y otros dos hombres, uno de tez oscura y aspecto moro y el otro, el más joven de todos, el que le había abierto la puerta.

—Es tarde —le dijo el tintorero, apoyado en el borde de una mesa con las piernas cruzadas.

—¿Has traído el dinero? —preguntó sin más el Largo.

—¿Creéis que iba a arriesgarme a llevar tanta cantidad sin haber concretado un acuerdo?

Los tres hombres se miraron, y el de tez oscura se rebulló en su asiento como si estuviera a punto de saltar.

—¡El acuerdo lo pactamos hace dos semanas, cuando nos propusiste el trabajo! ¡Llevamos más de diez días planeándolo, y me duele el culo de recorrerme en carreta los pueblos de los alrededores para comprar lo que necesitamos sin levantar sospechas! —gritó, enérgico.

—Ya sabéis que el encargo se ha cancelado, y sin trabajo no hay dinero. Quien paga solo está dispuesto a compensarnos por las molestias con la tercera parte de lo acordado. —El tintorero miró, receloso, la reacción de los tres hombres a sus palabras.

—Esto son más que simples molestias —dijo el Largo—, y ahora no vale olvidarse sin más del asunto.

—Sí, y nuestras molestias y nuestro silencio valen dinero —apostilló el joven.

—¡Calla! —lo corrigió Fonseca, mirando de reojo al tintorero—. Aquí nadie duda de que nuestro silencio y discreción están garantizados, pero no nos contentaremos con migajas.

Tristán Fonseca remató su frase con una sarcástica sonrisa que hizo cambiar el semblante a Sancho Díaz.

—Solo puedo llegar hasta la mitad del precio pactado —respondió el tintorero con gesto grave—. ¿Lo tomáis o lo dejáis?

Los tres hombres cruzaron rápidamente sus miradas y, sin dudar, aceptaron de inmediato la generosa cuantía que les ofrecía el tintorero por un trabajo que ya no tenían que realizar.

—Está bien; debéis esperarme aquí sin abandonar la casa. No debemos arriesgarnos a que nadie nos vea entrar y salir. En menos de una hora estaré de vuelta con el dinero; todo habrá acabado y vosotros guardaréis silencio para siempre. ¿Me entendéis?

El tintorero abrió la puerta de la habitación, y se disponía a abandonar la estancia cuando lo agarraron del brazo con la fuerza de una tenaza.

—¡Escucha, tintorero! No se te ocurra jugárnosla o lo pagarás bien caro —le espetó Tristán Fonseca cerca de su cara, con tono amenazante, mientras lo sujetaba.

Sancho Díaz lo miró de reojo, pero retiró el brazo con fuerza y salió por la puerta, que cerró tras de sí. Pasaron unos segundos hasta que los de dentro comprendieron que el tintorero ya se había marchado, y comenzaron a festejar el acuerdo alcanzado.

—¿Qué os decía? —reía Tristán Fonseca mientras, triunfante, agitaba los brazos en alto con los puños cerrados—. Que no debíamos conformarnos con lo que nos ofreciera al principio. Ahora podremos vivir honradamente una larga temporada.

—No pensé que fuera a resultar tan fácil acabar con nuestra víctima —decía el joven, conteniendo la risa—. Se nos ha muerto solo, ja, ja...

—¡Eh! ¿Qué sabes tú de la víctima? —preguntó, confundido, el moro.

—Sí, habla. ¿A qué te refieres? —dijo Tristán Fonseca.

—¿Pero dónde habéis estado metidos? —dijo el joven—. ¿No os habéis enterado de que hace dos días murió don Juan Pacheco, el marqués de Villena?

El hombre de tez morena lanzó un prolongado silbido al comprender la dimensión del suceso. El de Villena era el privado del rey Enrique, quizás el hombre más poderoso de Castilla después del monarca y su principal apoyo frente a las aspiraciones sucesorias de la princesa Isabel.

—Parece que ha muerto en Trujillo —prosiguió el joven—, aunque al principio corrieron rumores de que le había sobrevenido la muerte en Almagro.

Los otros dos hombres quedaron estremecidos por la noticia. No sabían si la muerte del marqués y la cancelación del trabajo que les habían encargado se encontraban relacionadas o si, simplemente, se trataba de una casualidad. Comprendieron la envergadura de la misión que habrían tenido que realizar de ser cierto y las repercusiones que habría provocado.

—Quizás no era el de Villena al que teníamos que liquidar —dijo Tristán Fonseca, intentado asimilar la noticia.

—¿Y por qué se habría de suspender todo si no fuera él la víctima? —replicó el joven—. El destino ha querido favorecernos para que no manchemos nuestras manos de sangre.

—Tal vez Pacheco era quien pagaba el trabajo —replicó el Largo—, y su muerte ha dado al traste con el plan. O quizás es solo una casualidad.

—¡Callad los dos! —exclamó el de tez morena—. ¿No oléis a humo? ¡Maldita sea!

Se dirigió corriendo hacia la entrada del cuarto, pero no pudo abrir la puerta cerrada sin que cediera con el forcejeo.

—Han atrancado la puerta por fuera... Quizás la ventana...

En la pared, el ventanuco de pequeñas dimensiones también parecía bloqueado desde el exterior.

El tintorero les había tendido una trampa: al abandonar la habitación había bloqueado la puerta con una traviesa para impedir que se pudiera abrir por dentro y había cerrado con llave la puerta de la calle para que nadie pudiera prestarles ayuda desde fuera. Por la tarde, antes de la reunión, se había encargado de apuntalar con clavos las contraventanas del ventanuco de la estancia y de clavar la traviesa externa para anularla por completo. Tenía órdenes de que aquellos hombres no salieran con vida de la casa del cuchillero por haberse convertido en testigos incómodos de un asesinato que ya no iba a materializarse. Cuando los tuvo atrapados en la habitación, Sancho Díaz prendió la casa con fuego de alquitrán que había recogido en pequeñas vasijas de cerámica, a modo de bombas inflamables, y que contenían el mortífero líquido. Alimentó el fuego con cubos de agua que había preparado y que, lejos de extinguir las llamas, las avivaban con más fuerza como si de magia se tratase.

En pocos minutos la estancia se inundó de humo, y los tres hombres comenzaron a toser en medio de la humareda, que apenas si dejaba ver la luz de dos pequeños candiles.

Suplicaban socorro mientras las voces se ahogaban con las toses que el humo les provocaba. El fuego de alquitrán prendía con rapidez, y parecía alimentarse de la misma agua que, desde fuera, el tintorero se había encargado de rociar por toda la fachada.

En aquel instante, un grupo de mujeres corrían asustadas por la calle de la Mata hacía el alcázar para buscar la protección del

corregidor. El joven Diego de Ciudad consiguió escapar con ellas, descolgándolas por la cerca trasera de la casa de su padre, que, instantes antes, un grupo de violentos había asaltado sin compasión. Las llamas de la casa de la calle del Lobo ya eran más que evidentes, pero las mujeres, asustadas, continuaron su huida. Sin embargo, Diego regresó cuando escuchó los gritos de auxilio que salían de su interior, aunque también le pareció escuchar voces, gritos y ruidos en otras calles cercanas. Teresa intentó persuadir a su hermano, pero no pudo convencerlo para que continuara.

—¡Corred hasta el alcázar, no os detengáis! —conminó a su hermana.

El joven se dirigió hacia las llamas y golpeó la puerta para llamar la atención de los que estaban dentro, aunque el fuego ya se había extendido por el exterior.

—¡Eh! ¿Hay alguien dentro? —Golpeó la puerta y la ventana mientras, con la otra mano, se protegía la cara del calor.

—¡Aquí, aquí! Soy Tristán Fonseca. ¡Abridnos, por el amor de Dios!

Diego arremetió contra la puerta volcando todo su peso contra ella, pero el fuerte portón no cedió a los envites. Procuró arrancar con sus propias manos la traviesa clavada que bloqueaba el pequeño ventanuco a la calle, pero solamente consiguió abrasarse las manos.

—¿Cómo puedo ayudaros? ¡No puedo abrir la puerta! —gritaba desesperado.

—¡El tintorero, busca a Sancho Díaz, el tintorero! Él nos ha encerrado y tiene la llave. —La voz de Tristán Fonseca se ahogaba con la tos, y a los pocos instantes dejó de escucharse cuando las llamas de los candiles de la pequeña habitación acabaron por apagarse.

En ese instante, un grupo de hombres armados con palos y espadas doblaba por la calle Real de Barrionuevo hacia la calle del Lobo; sorprendieron a Diego frente a la casa en llamas, desbordado por la situación.

—¡Allí! —Lo señalaron desde lejos—. Es el hijo del judío. Ha prendido fuego a la casa del cuchillero.

Cuando el joven se percató de que el grupo se le venía encima, pensó pedirles ayuda para socorrer a los de la casa, pero cambió

de idea y no dudó en escapar de aquel lugar. Hacía tiempo que desde el interior ya no salían voces y que nadie respondía a sus reclamos. Pensó que ya era tarde y que poco más podía hacer por aquellos pobres desdichados.

3

ALONSO DE CARRILLO, ARZOBISPO DE TOLEDO

TOLEDO, FINALES DE OCTUBRE DE 1474

Mientras Tomás de Cuenca esperaba la inminente llegada del carruaje del arzobispo de Toledo, don Alonso de Carrillo y Acuña, apenas si podía disimular su enojo. Aquella madrugada, un emisario del prelado se presentó en su casa del barrio de los canónigos para advertirle de su llegada por la mañana temprano a la ciudad y del requerimiento urgente de su presencia para recibirlo. Llevaba un buen rato en el palacio arzobispal, sentado en una de las sillas de la entrada, a la espera del arzobispo desde poco antes del amanecer. Aquel momento parecía representar a la perfección su relación con don Alonso de Carrillo. Desde hacía muchos años, el arzobispo de Toledo se servía de Tomás para encomendarle delicadas gestiones y tareas que el prelado consideraba de extraordinaria importancia llevar a buen término.

No sabría decir desde cuándo utilizaba sus servicios. Recordaba que hacía muchos años, cuando era un chiquillo y clerizón de la catedral de Toledo, el arzobispo lo mandó llamar a palacio al día siguiente de la fiesta del obispillo de san Nicolás. Carrillo quedó impresionado por su retórica en el sermón que el muchacho, elegido como obispillo, ofició ante las dignidades, canónigos, racioneros, capellanes y los demás clerizones del cabildo. Aquel juego de inversión de papeles por un día, en el que los niños ocupaban en el coro los asientos reservados a las dignidades de la catedral y en el que elegían al que durante unas pocas horas se convertía en un pequeño obispo, le trajo gran popularidad. Aquel muchacho, investido como obispillo, bromeó sin mencionarlo con los gustos afeminados de un viejo pájaro que intentaba enseñar a volar a los polluelos del nido agitándoles las alas para calentárselas y a quien todos con mofa identificaron con el maestrescuela, el canónigo encargado de la escuela catedralicia. El pequeño Tomás utilizó aque-

lla oportunidad que se le brindaba para que todos conocieran las perversas costumbres del canónigo que ya había provocado la espantada de la escuela y de la ciudad de más de uno de sus compañeros. Cuando en aquella ocasión se presentó delante del arzobispo, no podía disimular su temor, ya que pensaba que sería castigado por ello. Sin embargo, el prelado le reconoció su valor y, aunque le impuso una penitencia por su soberbia y falta de respeto a sus mayores, a los que debía obediencia y fidelidad, le encomendó que durante unos días siguiera al maestrescuela y lo informara de sus actos para aplicarle un castigo ejemplar en caso de confirmarse las insinuaciones que había lanzado en su sermón. Aquella fue la primera vez que el arzobispo le encargó una misión. Aunque Tomás contó a Carrillo los poco decorosos actos en que el maestrescuela había incurrido durante esos días, el canónigo no fue destituido de su cargo ni privado de sus beneficios. Antes bien, al contrario, recibió una prebenda como chantre de la catedral de Sahagún y se marchó de la ciudad, con lo que desapareció el problema.

El carruaje se detuvo frente a la puerta del palacio arzobispal, justo enfrente de la imponente catedral, que a esas horas de la mañana proyectaba su sombra sobre el palacio y las casas limítrofes. Cuando los caballos se detuvieron, Tomás de Cuenca acudió a abrir la puerta del coche, y de él bajó Alonso de Carrillo. Su figura esbelta quedaba envuelta en los ricos y recios ropajes que vestía para protegerse del frío.

—¡Querido Tomás!—dijo, ofreciéndole su anillo para que lo besara y apoyándose en su hombro para descender del carruaje—. Qué oportuno encontrarte aquí aunque sea tan de mañana.

—Vuestro emisario cabalgó toda la noche para darme vuestro mensaje y aquí estoy —respondió Tomás con una leve reverencia—. ¿Qué tal vuestro viaje?

Mientras algunos criados descargaban el equipaje, otros lo seguían por los corredores del palacio dispuestos a atender sus requerimientos en cuanto pudiera ofrecérsele.

—La corte de Madrid está consternada por la muerte de mi sobrino Juan Pacheco, el marqués de Villena.

A Tomás le costaba seguir el paso de su anfitrión.

—¿Y qué tal se encuentra el rey?

—El rey está desolado con la pérdida de Pacheco. Enrique parece seguir sus pasos: su salud se debilita por momentos. No sé de dónde ha podido sacar fuerzas para mediar en la liberación de Diego López Pacheco, el imprudente hijo de mi sobrino, que se ha dejado apresar en Fuentidueña por el duque de Osomo, pero, gracias a la intervención del rey Enrique, ha sido liberado.

—He oído que pugna por el maestrazgo de Santiago contra Rodrigo Manrique y otro candidato —dijo Tomás, informado del asunto.

Alonso de Carrillo sonrió al oír a Tomás.

—¿Pugna? Ni siquiera ha sido elegido. Juan Pacheco renunció antes de morir al maestrazgo de Santiago a favor de su hijo, pero el Capítulo de la Orden no ha aceptado la maniobra. Manrique ha sido elegido en Uclés y Cárdenas en León, y todo tiene visos de que no habrá reconciliación entre ellos, pero el hijo de mi sobrino no tiene ninguna oportunidad, salvo que haga valer su influencia ante el rey, y con sus torpezas no conseguirá muchos favores reales.

El arzobispo caminaba con determinación por los pasillos hasta llegar a una sala presidida por una gran chimenea que desde hacía varias horas albergaba una buena lumbre en su interior para calentar la estancia. Se detuvo frente a ella, de espaldas a Tomás, y extendió los brazos con las manos abiertas para calentarse mientras se las frotaba.

—¿Y esa ha sido la razón de vuestro viaje?— preguntó Tomás.

—Mis sobrinos, Juan Pacheco y su hermano, Pedro Girón, comprendieron enseguida que controlar el maestrazgo de Santiago y de Calatrava significaba controlar buena parte del poder de Castilla: por eso no dudaron en ocupar a toda costa la silla mastral de ambas órdenes. Pedro Girón supo transmitir el maestrazgo de Calatrava a su hijo, Rodrigo Téllez Girón, pero Juan Pacheco no ha sabido cederle el maestrazgo de Santiago a su hijo Diego. Sin embargo, doy por bien cumplido mi viaje con que Enrique haya reconocido en Diego las mismas virtudes como consejero que reconocía en su padre, aunque el maestrazgo lo doy por perdido.

—E imagino que vos habéis tenido mucho que ver para que don Enrique siga apoyándose en el nuevo marqués de Villena, como lo venía haciendo con su padre —comentó Tomás.

—El rey, como gobernante, necesita sentirse respaldado y apoyado. Enrique está muy débil, pero desea a toda costa que, a su muerte, la corona de Castilla pase a su hija Juana.

—¿Aunque eso contravenga los acuerdos de Guisando con la Infanta Isabel?

—¡Los pactos de Guisando los negocié yo! —dijo Alonso de Carrillo, enojado—. Y conseguí que Enrique reconociera a su hermana Isabel como su sucesora en el trono de Castilla. Pero Isabel ha demostrado ser una sucesora indigna, porque no ha respetado la mayoría de los acuerdos, comenzando por el matrimonio con Fernando de Aragón, sin el consentimiento de Enrique.

Tomás sabía que Alonso de Carrillo era quien había negociado hacía unos años ese matrimonio a espaldas del rey y quien había conseguido la bula papal que dispensaba a Isabel de Castilla y Fernando de Aragón del impedimento de parentesco para casarse. Por entonces el arzobispo era el principal consejero de la recién formada pareja, que mantenía discrepancias y enfrentamientos con Enrique, pero, con el tiempo, el arzobispo se había alejado de ellos y había vuelto a aliarse con el rey para apoyarlo en sus pretensiones. Sin embargo, se abstuvo de hacer ningún comentario.

—Además, ni Isabel ni su marido me han agradecido suficientemente ni mis desvelos ni la lealtad con la que los serví —continuó quejándose el arzobispo.

—Espero que el rey sí sepa apreciar vuestro acercamiento y el apoyo y consejo que ahora le prestáis, después del tiempo que habéis permanecido alejado de él.

—Enrique y yo hemos estado mucho tiempo enemistados. Incluso mi sobrino Juan Pacheco estuvo enemistado con él mucho antes de convertirse en el privado del rey, pero al final las aguas vuelven a su cauce y se impone el pragmatismo.

Alonso de Carrillo se despojó del solideo de color violeta y se frotó el cabello, que se le había aplastado contra el cráneo. Tomás apreció que conservaba el pelo en abundancia, sin apenas entradas, y de intenso color negro pese a sus años. A esas horas de la mañana le afluía una densa barba que confería un color oscuro a su cara. Si no hubiera sido por las pronunciadas bolsas de sus ojos, se habría dicho que el arzobispo de Toledo aparentaba menos edad de la que ya tenía. Algunos, con sorna, a causa de su obsesiva

afición por la alquimia, afirmaban que debía de haber descubierto el elixir de la eterna juventud.

—Pero dejémonos de política y hablemos de las cosas que conciernen al espíritu —dijo Carrillo—, que para eso te he mandado llamar.

Tomás hizo una imperceptible reverencia con la cabeza, expectante por el urgente asunto que el arzobispo quería tratar con él tan a primera hora de la mañana. El prelado se dejó caer en el sillón de brazos labrados de su escritorio, apartó los utensilios de escritura y apoyó los codos sobre la mesa.

—Al rey le preocupan sobremanera los disturbios que en los últimos meses se han extendido por Castilla contra los conversos, contra esos farsantes que dicen abrazar la fe cristiana y que en la intimidad de sus casas siguen con sus prácticas judías y heréticas. —El prelado hizo una pausa y continuó—: Las revueltas están trayendo muertes y asesinatos, y grandes daños en casas, bienes y cosechas en muchos casos. Y lo que es más grave; se está cuestionando la autoridad de los corregidores del rey y de los regidores de la ciudad, contra los que, a veces, se alzan los cristianos de bien.

Tomás escuchaba intrigado las palabras del arzobispo.

—Hace poco ha ocurrido uno de estos pogromos en Ciudad Real —continuó Carrillo—; según mis noticias, el corregidor intentó proteger a los conversos que corrieron a refugiarse al alcázar, y las gentes, enfurecidas con estos, terminaron expulsándolo de la ciudad.

—Sí, algo he oído. Estas revueltas se contagian de unos lugares a otros.

—Y por ello debemos detenerlas cuanto antes. El rey y nos mismo pensamos que esta situación puede escapársenos de las manos si no actuamos con rapidez —continuó—. Nuestra obligación es calmar y tranquilizar a los fieles, hacerles ver que la Iglesia toma cartas en el asunto y que afronta el problema con contundencia. Las leyes dictadas por la Corona contra los conversos no parecen detener a los que fingen abrazar la verdadera fe y acceden a los cargos de los concejos y se enriquecen con usura. —Se detuvo un instante para dar mayor énfasis a sus palabras—. He decidido ordenar una inspección de herejía en Ciudad Real para medir el alcance del problema, identificar a los conversos y reconducirlos

a la senda de la fe. Espero que la apertura de una investigación por parte de la Iglesia contra esos herejes calme los ánimos soliviantados del pueblo.

Tomás guardó silencio; no atisbaba aún el alcance de las palabras del arzobispo.

—¿Y bien? —preguntó Alonso de Carrillo.

—Confieso que no he entendido muy bien lo que pretendéis de mí.

—Quiero que te desplaces a Ciudad Real con las credenciales que te otorgaré como juez delegado inquisidor.

El clérigo abrió los ojos, atónito. Nunca se habría imaginado la misión que le tenía reservada el arzobispo. Había ejecutado órdenes tuyas de muy diferente calibre para defender los intereses del prelado y de la Iglesia, por este orden, si resultaban compatibles.

—Vaya, reconozco que me habéis sorprendido —dijo al fin, titubeando—. No imaginaba un encargo así. No sé, siquiera, si mi rango está a la altura de lo que me solicitáis.

Tomás sabía jugar sus bazas con el arzobispo. Sabía que cuando el prelado necesitaba resolver una situación delicada solía confiar en él porque lograba los resultados que esperaba. Solía ingeniárselas para que Alonso de Carrillo recompensara su labor con alguna prebenda con la que acrecentar sus rentas. Ya había conseguido el nombramiento como canónigo del cabildo de la catedral de Cuenca, y desde hacía dos años se encontraba en expectativa de ocupar una vacante como canónigo de la catedral primada de Toledo, el cabildo más prestigioso de todo el reino. Tomás ambicionaba el puesto de canónigo mansionario, los prebendados del cabildo, los cuarenta que con su voz y voto disponían sobre los asuntos importantes. Y al fin se había producido una vacante.

—No he tomado esta decisión a la ligera. Sabes que medito mucho antes de elegir al que se convertirá en mis ojos y mis oídos en el lugar al que lo comisiono. Eres el hombre adecuado —dijo Carrillo con rotundidad—. Nadie conoce como tú el procedimiento para sacar la verdad a esos herejes. Me he molestado en echarle un vistazo a tu tratado *De inquisitione*, el que escribiste para doctorarte en Salamanca *in utroque iure*. He visto que tratas con detalle la pesquisa inquisitorial y que hay buenas aportaciones para mejorar el proceso tradicional.

—Me halagan vuestras palabras y el hecho de que hayáis empleado vuestro valioso tiempo en leer ese tratado —dijo Tomás con modestia—, pero intuyo que en la misión que me encargáis habré de contender con presbíteros, regidores y otros importantes cargos de la ciudad. ¿Cómo podré recabar el apoyo y ayuda del arcediano sin tan siquiera pertenecer al cabildo?

—Olvidas que llevarás un nombramiento de mi puño y letra. Ese documento te abrirá las puertas a las que llames y te allanará todos los caminos —respondió Carrillo—. Pero sé que eres un hombre ambicioso, que desde hace dos años tienes un documento de expectativa para ocupar una canonjía en Toledo firmado por Su Santidad el papa y que aspiras a ocuparla lo antes posible. También estoy al tanto de tu pleito con Vázquez de Arce por su nombramiento como prebendado de Toledo. Imagino que no aceptaste muy bien que se pusiera por delante de ti.

—El prior de Osma tenía su expectativa de Toledo firmada después que la mía. Mi reclamación es legítima —respondió el licenciado enérgicamente, aunque en su fuero interno agradeció los derroteros que estaba tomando la conversación.

—No te lo discuto. Aunque imagino que te agrada saber que he pensado en todo y que he decidido otorgarte el cargo vacante en el cabildo de la catedral que tanto ansías ocupar, aunque a cambio deberás desistir del pleito que le has puesto a mi buen amigo Arce.

Tomás abrió los ojos, y no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción. Aquel puesto multiplicaría de forma considerable sus ingresos actuales.

—Os lo agradezco de todo corazón, excelencia —dijo con una agradecida reverencia—. Me siento abrumado con vuestra generosidad.

El prelado sacó un documento del cajón de la mesa. Solo faltaba cumplimentar el nombre en el encabezado del texto. Tomás sabía que la provisión de los nombramientos del cabildo correspondía al papa en los meses impares del año y que, durante los meses pares, la elección se encontraba repartida entre el cabildo y el propio arzobispo. Recordó que durante aquel mes de octubre la competencia la tenía en exclusiva el prelado, y que no tenía que someter dicha provisión siquiera a votación.

Alonso de Carrillo se acercó los útiles de escritura que antes había apartado en la mesa, escribió en el documento el nombre de Tomás de Cuenca y lo firmó. Después se aproximó hasta la chimenea, cogió una pequeña yesca con la que calentó el lacre y vertió unas gotas espesas de color rojo, sobre las que plantó el sello arzobispal.

—Ahí tienes la canonjía que llevas tanto tiempo esperando —dijo el arzobispo mientras le hacía entrega del documento—, pero te pido una cosa más: que me tengas informado de cuanto te propongas hacer en Ciudad Real. No quiero más errores ni conflictos.

Tomás no supo en ese momento a qué se refería Carrillo. Sonrió y, tras una nueva reverencia, besó la mano y el anillo que le ofrecía el prelado como prueba de lealtad y gratitud.

4

LA HIJA DEL ESPECIERO

CIUDAD REAL, FINALES DE OCTUBRE DE 1474

El joven Hernando observaba desde la distancia la vieja tienda de especias situada en la esquina de la calle de la Cruz, muy próxima a la plaza Mayor. El frío de la mañana lo obligaba a encogerse mientras se cruzaba de brazos con fuerza y, de vez en cuando, se soplaba las manos para calentarlas. Recostado sobre la pared, no quitaba ojo a la puerta de la botica, y aguardó hasta que vio salir al especiero Lope de la Zarza, cargado con unas alforjas, para hacer los recados diarios que acostumbraba. Nunca cayó simpático a aquel hombre grande y gruñón desde que, de niño, tiró al suelo un saco de pimienta mientras corría con desatino por el local. El percance resultó especialmente bochornoso para su madre, que no paró de excusar la imprudencia de su hijo y que le arreó unos cachetes en la cabeza cuando lo atrapó. Pero aquello ocurrió hacía mucho tiempo, y ahora el joven aprovechaba las salidas del especiero para frecuentar la tienda movido por un interés que tenía por nombre Francisca.

Hernando entró en el local con andar pausado, forzando el con-toneo con sus brazos, pero la joven no lo vio llegar. Francisca prensaba unas hierbas secas con el mortero, golpeaba con delicadeza el almirez y después lo vertía en un pequeño saquillo que ataba con gracia y que colocaba junto a otros que ya había terminado.

—¿En qué puedo servirlos? —dijo la muchacha al escuchar la puerta, sin mirar quién había entrado.

—Quisiera algún remedio contra los efectos del amor —respondió Hernando mientras se aproximaba al mostrador.

Francisca levantó la cabeza y sonrió con disimulo mientras lo observaba.

—Si os encontráis enamorado, no necesitáis ningún remedio, porque no estáis enfermo —respondió, escueta.

—Es que tengo que confesaros que existe una mujer que me tiene el seso atrapado, pero ella todavía no lo sabe. —Hernando se acercó y apoyó las manos sobre el mostrador sin dejar de mirarla a los ojos.

—Entonces, no precisáis hierba ni especia alguna; solamente hablar con ella. —Francisca devolvió el almirez al mortero y lo apartó a un lado, tomó los saquillos que había atado y los colocó dentro de un mueble situado detrás del mostrador.

Hernando la contemplaba mientras se movía de un lado para otro y guardaba con orden lo que había utilizado hasta que finalmente pasó un paño por el tablero para eliminar los restos que se habían vertido.

—Además, ¿qué fue de aquella jovencita que la semana pasada te tenía completamente enamorado y rendido a sus pies? —dijo Francisca con tono de reproche.

—Nunca llegué a confesárselo.

—¿Y aquella otra de la semana anterior que te había quitado el sueño?

—No pude decírselo a la cara; sus ojos me desarmaron.

—Al menos, te haría efecto la valeriana que te di.

—Desde entonces no he logrado conciliar el sueño.

La muchacha se detuvo frente a él, apoyada sobre el mostrador y con una mano sobre su cadera con gesto desafiante.

—¿Qué quieres, Hernando? —preguntó directamente—. Pasas a la tienda un día sí y otro también y me confiesas que te has enamorado de una muchacha diferente. Te conozco hace muchos años, y tu fama de galán y mujeriego te precede. Ya te he dicho que aquí no hay remedio para tu mal de amores. Así que ya sabes lo que tienes que hacer...

Hernando cambió su gesto de seductor por otro más resignado al escuchar los reproches de Francisca.

—¡Está bien, está bien! Reconozco que no me he portado honestamente contigo. —La muchacha lo miraba expectante, y aguardó a que prosiguiera con sus explicaciones—. En realidad lo que necesito es algún remedio para... para el vientre... Sí, eso.

—¿Para el vientre? —preguntó la joven, incrédula: no podía dar crédito a sus oídos. Salió del mostrador y se dirigió hacia una mesa situada en el centro de la tienda, llena de frascos y saquillos entrea-

biertos. Abrió uno de ellos y con una cuchara extrajo una pequeña cantidad de producto triturado que vertió sobre un trozo de tela que anudó—. Toma, aquí tienes un poco de bardana; te servirá de purgante —dijo, entregándoselo sin mirarlo a la cara—. Ten cuidado con la dosis o no podrás alejarte en todo el día ni diez pasos de la letrina.

Hernando se maldijo por su respuesta. Llevaba semanas intentando acercarse a Francisca; había ensayado una y otra vez sus palabras para confesarle lo que sentía por ella, pero el enfado de la joven le había desbaratado todo lo que tenía pensado decirle aquella mañana.

—Si no deseas nada más, ya puedes salir por esa puerta antes de que vuelva mi padre. Ya sabes que desde el día que tiramos aquel saco de pimienta no le hace ni pizca de gracia verte por aquí.

Hernando reaccionó volviendo la cabeza con ligereza al escuchar las descuidadas palabras de Francisca.

—¿«Tiramos»? ¡Ja, lo sabía! Siempre supe que habías sido tú la que derramaste aquel maldito saco, me gané una buena paliza de mi madre por tu culpa.

—Pero ¿qué estás diciendo? —Francisca se volvió con intención de desdecir sus propias palabras—. Yo era más pequeña que tú, y cabía por debajo de estas mesas mientras escapaba de ti. Ya desde niño tenías la costumbre de perseguir jovencitas.

—Aquella jovencita de buenos modales me pinchó el culo con sabe Dios qué objeto punzante.

—Claro, y no tenías otra manera de atraparme que arrasar en tu camino con todo lo que encontrabas por medio.

Hernando se detuvo un instante frente a Francisca, que se le había encarado mientras discutían lo sucedido. Sus pupilas se clavaron en los grandes y hermosos ojos azules de ella y se quedaron atrapadas en ellos, como si no quisiera escapar de aquel dulce magnetismo. Mientras se perdía en el azul de sus ojos, con la vista recorrió su rostro, sus sonrosadas mejillas, su frente suave y sus húmedos labios, que a punto estuvo de besar cuando ella los entreabrió con la respiración agitada, casi hipnotizada por la pasión de su mirada.

—Desde entonces, no he podido dejar de pensar en ti ni un solo instante —dijo Hernando, pausado, mientras acariciaba con dulzura su cara.

—Has tardado mucho tiempo en confesármelo —respondió ella, lamentándolo.

—Siempre me arrepentiré de ello. No podía dar crédito cuando supe que tú y Álvaro de Pecellín...

Francisca se giró, bajó la cabeza y se puso a colocar los saquillos de especias que había sobre la mesa mientras escuchaba a Hernando.

—Hace tiempo que mi padre está en tratos con él.

—Y ahora es mejor partido —dijo Hernando—; el lugarteniente pronto será corregidor.

Francisca se volvió, seria y con gesto airado.

—¿Qué esperabas, Hernando? ¿Que adivinara tus sentimientos? ¿Que siguiera sirviéndote remedios para tu mal de amores y tus enamoramientos repentinos un día sí y otro también?

—Mi mal de amores siempre has sido tú, ¿no lo entiendes? Nunca ha habido nadie más, jamás he amado a otra. Y, si me he equivocado en algo, ha sido en creer que conocías mis sentimientos. Siempre pensé que mi amor por ti era evidente.

—Has jugado a darme celos, y ya es tarde para los dos.

Francisca se metió en el obrador por una pequeña puerta que comunicaba con la tienda mientras Hernando la contemplaba marcharse, desolado y abatido, como si el mundo se hubiera desmoronado bajo sus pies.